

DISCURSO

16

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1906 Á 1907

FOR EL DOCTOR

D. Hipólito Fairén Andrés

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA



ZARAGOZA

Tipografía de Emilio Casañal, Coso, 100

1906



DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1906 Á 1907



Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
a/a	C
Estante	36
Código	55 (16)

DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1906 A 1907



1569

R. 78684

DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1906 Á 1907

POR EL DOCTOR

D. Hipólito Fairén Andrés

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA



ZARAGOZA

Tipografía de Emilio Casañal, Coso, 100

1906

147

EL CONSEJO MÉDICO EN EL MATRIMONIO



Ilmo. Sr.:

Señores:

DE buen grado lo creeréis todos: Solamente por acatamiento á un precepto constante de nuestro régimen de Instrucción pública, más removido que mejorado, ocupo esta tribuna. Y solo en virtud de obediencia puedo olvidar yo ahora y podréis por el contraste que ofrezco, recordar vosotros, á los eminentes profesores que en igual solemnidad académica, os admiraron con la doctrina y la elocuencia de sus discursos inaugurales.

Porque la selección del docto concurso, la avidez de las generaciones escolares por el nuevo año de su vida científica, y las mismas dificultades de señalar y exponer asunto digno, ya de las grandes especulaciones de la ciencia, ya de los grandes intereses de la sociedad, y no indigno de vosotros, y que además permita la brevedad exi-



gida por disposiciones reglamentarias vigentes; todo esto forma un conjunto de circunstancias que turban la serenidad del juicio y el reposo de la palabra que haya de anunciar los que formemos. Cuanto á lo primero de estas dificultades, pensad conmigo la alteza de las instituciones y magistraturas, aquí dignamente representadas, y que una vez más acuden á rendir sus homenajes á esta ilustre Universidad verdadera *Alma Mater* para todos y para todo: si la Enseñanza es, y á la enseñanza, debemos, y á la Enseñanza pedimos, en todas sus formas y grados, Escuelas, Institutos y Facultades, según la magnífica significación de la verdadera Universidad, el progreso, la libertad, la ciencia en todos sus estados y aplicaciones; la fuente inextinguible de la verdad que hace cultos y ricos á los pueblos. A estas altas representaciones, á mis maestros, mejor que mis compañeros de claustro, no será difícil otorgarme la benevolencia que suplico, porque todo saber es indulgente.

Pero aunque no soy temerario, ni medroso, declaro más difícil la atención de la juventud universitaria en tales momentos. Familiarizados con la misma en la cotidiana labor de las aulas, sus ansias de saber, su inquieta curiosidad por el problema ó el caso pendientes de explicación, los deseos, ó los temores, de la conferencia, sus cariños y sus respetos, no obstante los rasgos de ingenio y los donaires característicos del estudiante español, nos dan en la cátedra una superioridad que los buenos maestros saben convertir en estímulo de su palabra y de su doctrina en medio de las relaciones de cordial confianza, como obreros que somos discípulos y maestros en la difícil obra de la ciencia.

Ni el medio, ni la ocasión, ni los fines, ni el público de la solemnidad que celebramos son los mismos; y ante la hermosura de las damas, precioso ornamento del Paraninfo, bien comprendo que los escolares tengan más ojos para admirarlas, que oídos para escucharme.

Y el caso es que yo me he resuelto á hablaros de un tema para el cual deseo, suplico muy especialmente la atención de las familias; de la juventud llamada á formarlas en la sucesión de los tiempos, según lo exigen leyes divinas y leyes humanas, en el orden de la más sana y más fecunda conservación de la vida, porque, realmente agobiado mi espíritu por los motivos insinuados para la elección del que hubiera de ser argumento de mi discurso en la presente inauguración del nuevo año escolar; yo que no puedo pasar de una indocta admiración por las obras maestras de las letras y de las artes, en todas sus manifestaciones; que soy peregrino en las magnas cuestiones de la Filosofía, y en los eruditísimos estudios de la Historia; y en el cielo de las ciencias físico-químicas, con sus maravillosas investigaciones y progresos por los vastos dominios de la materia; y que aun en los de la vida, ante la asombrosa revolución de las doctrinas, de los métodos y los colosales atrevimientos de la Medicina, forzoso me es reducir mis observaciones á términos muy limitados, y tal vez por fatal oposición entre mi ninguna autoridad y la magnitud del problema que voy á presentaros, me he decidido por uno, que no vacilo en calificar del magno problema de todos los intereses sociales.

II

Porque ni para economistas, ni para sociólogos, ni para filósofos, hay riqueza igual á la vida, maravillosa máxima entre todas las del Universo, y síntesis suprema preparada y servida por todas las obras de la creación en los providenciales fines de la Naturaleza. Y conservar las fuentes de esta vida, según estos fines, impedir lo que las impurifique, mantenerlas sanas, devolverles, cuanto al hombre fuere posible, su valor nativo, es una de las grandes empresas de la Medicina, en general auxiliada en tales propósitos por las virtuales de la Moral cristiana y por los preceptos de la Higiene científica. Pensando así, reconociendo la necesidad, cada día mayor, de llamar á juicio sociedades cuyo derrumbamiento comienza porque ó costumbres corrompidas, ó degeneraciones propagadas por viciosas herencias van inficcionando las fuentes de vida, yo pago tributo á la ciencia de mi profesión, y á una de sus verdades más dignas de que la atiendan los gobiernos y las familias, y la necesidad del consejo médico para el matrimonio, será el tema de mis brevísimas observaciones.

No es un tema retórico procurado para trazar epitalamios ó sátiras cuyas galas literarias, de tenerlas mi pluma, acertasen á deleitaros algunos instantes. Tampoco tentaré vuestra paciencia con disertaciones científicas encumbradas, donde los datos estadísticos, los textos de experiencias concluyentes, ó los juicios de autoridades doctrinales acotadas por una erudición difícil, demuestren mi tesis.

Reconozco la delicadeza de vuestros sentimientos y de los que frecuentemente preceden á la constitución de una nueva familia; sé bien lo escabroso de la materia aun para indicada en términos y por fines científicos. Pero, sin abusar de la técnica, porque es mi deseo que ninguno ignore, ó aparente ignorar los que son verdaderos deberes de conciencia ante lo que de sacramento y de ley natural tiene el matrimonio, diré lo que deba, sin escándalo y sin hipocresía.

No ignoro que el corazón tiene sus argumentos; pero entregar exclusivamente á motivos de afecto las resoluciones más graves de la vida social, cuando hay indicios ó razones, por no decir hechos palpables que aconsejan todo lo contrario, es conducta que no puede ser aprobada. Confieso que cierta ignorancia y buena fe atenúan en ocasiones faltas muy pronto irreparables: pero contra semejante ignorancia levanta su voz la ciencia; y discípulo convencido yo de la Higiene, en su nombre pido á todos, y les intimo como un deber á las familias, la necesidad del consejo médico para procurar en los matrimonios las mismas paz y ventura terrenales.

¿Quién ignora ya los graves problemas suscitados por la despoblación de tal cual país, víctima de una decreciente natalidad que viene alarmando con toda razón á los verdaderos estadistas, y por verdaderos crímenes contra las leyes naturales de la vida de la especie? ¿Quién no ha oído clamar contra los vicios de herencias ingénitas ó adquiridas que llenan los manicomios, y las cárceles y las casas de huérfanos, con los estigmatizados por una degeneración avasalladora? ¿Quién no sabe de algún drama de familia, para todos secretos, ú ocultado,

ante esplendores nupciales, pronto conocido por sus víctimas, y más pronto aun revelado á la conciencia del médico experto, pero cuando ya no tiene remedio, ni á veces paliativo, las causas que han hecho infelices á padres y á hijos, no mucho después de los días que se creyeron inauguraban eternas venturas?

Porque cuando éstas parece que van á ser mayores con el esperado primogénito, antes adorado que conocido por las ilusiones maternas, que, en veladas de encantadora poesía, dedos de hada le prepararon canastillas que parecen nidos de ángeles entre nubes de telas primorosamente caladas y guarnecidas, y sucede (y por desgracia sucede con demasiada frecuencia) que bajo los ensortijados rubios cabellos, cuadro ideal de cabecitas murillescadas, asoma el siniestro monstruo de ciertas meningitis; ó que en el desarrollo del niño, la crisálida llega á mariposa con alas raquílicas y sin los matices de la sana constitución propia del infante sano; ó que ante la primera edad crítica de la niña, sus labios solo se colorean por una sanguinolenta espuición que á todos aterra; ó que tales ó cuales síntomas, latentes durante cierto período de la vida, aparecen con curso, marcha y terminación tan fatales, que de no verlos en la Clínica, los crearíamos imposibles, tan agudas y tan inesperadas son las aludidas morbosidades; cuando algo de esto ocurra, busquemos en las condiciones de los padres y de sus matrimonios, la causa fundamental de tamaños efectos. Nadie se escandalice; pero la Higiene es como el régimen ético de la Naturaleza, y no será jamás cómplice de silencio contra las verdades y preceptos que tiene formulados.

Sí: buscad en su transgresión y en sus fatales conse-

cuencias el origen de tan destructora Patología, entronizada en las mismas fuentes de la vida humana. Las prematuras decrepitudes y agotamientos que dejan la crápula, la bacanal, la orgía y la lascivia contaminan la familia procreada, arrastrando en su caída á la burlada madre y á sus inocentes hijos. La muerte asalta estos hogares con el pavoroso crugir y traqueteo de sus descarnados huesos; el nido se ha transformado en sepultura; á las sonrisas, apenas gozadas, sigue el doblar de las campanas; y del idilio que soñaron los fascinados tan solo quedan cirios que chisporrotean; nubes de incienso que, á pesar de su vagar nos marcan el camino del consuelo; crespones que occultan hondas amarguras; despensas vacías, hogares sin fuego; la orfandad que gime, la viudez que llora; estrujados corazones que, aunque quieren, Dios no quiso que dejaran de latir; y espíritus que sólo la Fe puede sostener en sus desfallecimientos y necesidades.

Cuadro de tanta tristeza, no penséis que lo finje la hipóbole: desgraciadamente es una realidad abrumadora. Si nos acompañaseis en nuestro diario trabajo, pronto sentiríais resquemores de conciencia por haber consentido ó halagado matrimonios que debió fomentar algún sepulture-ro, como si hado maléfico pusiera industria de construir en coronas mortuorias los azahares nupciales.

Es difícil trazar todas las veredas que conducen al suplicio que supone, el que los ángeles se lleven á sus iguales que Dios mandó á la tierra; más difícil todavía enumerar las enfermedades que debieran impedir el matrimonio, para evitar evoluciones peligrosas, contagios seguros y descendencias taradas, y no lo es menos designar aquellos otros cuyo temporal tan solo lo corre el portador del

defecto ó mal y que con desenfado de insensato emprende al casarse carrera suicida.

Nada tenemos que oponer á la inclinación cuyo tributo pagan la generalidad de los humanos; y por satisfecho me daría, si al desarrollarse en épocas distintas y con apremios diversos, nadie fomentara, ni se rindiese, sin la conveniente oportunidad y sin previa licencia de quien deba y pueda darla. Ejemplos que se deben evitar, é impaciencias que hay que corregir, suprimiendo la ocasión, moderando libertades, y educando en la necesaria vida del respeto y del recato, harían menos frecuentes los escándalos que diariamente y con sonrojo vemos en la calle.

El estudio de la aptitud reclama mayor cuidado.

Sujeta al desenvolvimiento fisiológicamente progresivo del VI sentido de Bichat y en relación con la edad, no pudiendo ser casuística la ley, nuestra legislación, confundiendo aquélla con la pubertad y cual si el matrimonio no tuviera otro objeto ni otro fin que servir á la sexualidad que amanece, consiente al púber lo que solo debe concederse al núbil. Que su tolerancia no encaja en las costumbres ni en la conciencia pública, dígalo el escándalo que provocarían con su desatino, si al amparo de aquélla, el varón ó la hembra se casaran á los 14 y 12 años, usando de un derecho legal; y la resistencia que todos los padres, dignos de tal nombre, oponen á tan prematuros matrimonios.

Los Justinianos que me escuchan, defenderán el fundamento jurídico de semejantes enlaces; mas sus razonamientos, no impedirán que sean un escándalo fisiológico, un atropello á la Higiene y una herejía biológica. Patente

el divorcio entre las leyes de este y la civil, el minimum de edad, que señala, es un atentado contra la salud, su duración, y la prole: la abrumadora carga material, moral, social y espiritual que consigo lleva el matrimonio, no se ha hecho para jilgueros con plumón, ni para palomos que solo conocen las artes del arrullo.

En esas hermosuras incipientes, una vez desposadas, las lozanías de su despertar, pronto, muy pronto languidecen. El deshojado capullo se hace macilento; la palidez substituye á los carmines; la tersura huye para ocultarse entre los pliegues de la piel en la que sombrea la patina del placer á deshora; y, en otros órdenes de la vida, puerilidades, menos malas que peligrosas coqueterías, nos hacen recordar los juegos de las casas de muñecas.

¡Pobres víctimas de la inconsciencia y del egoismo humano! Sobre sus débiles hombros han echado la losa de plomo del anticipo de la aptitud: apenas formada su naturaleza y sin el desarrollo necesario por ley fisiológica de la misma, tendrán que alimentar en su regazo al que antes dieron vida y darán la sangre de sus entrañas: las vigiliadas de la maternidad irán agotando su menguada resistencia: sus infantiles frivolidades tendrán que cambiarlas en cuidados, solicitud, prudencia, juicio y abnegación sin las cuales, la paz, la hacienda y los hijos, tened por cierto que naufragan: marchitas cuando debieran estar en la plenitud de la maternidad, aunque engrandecidas por esta belleza moral, para los riesgos de su vida y de la de su hijo, no hacen falta los sufrimientos que añadir puedan los perjurios de compañero desleal para quien sacrificó por falta de buen consejo, los mismos albores de su existencia.

Confiar á los incapaces ó inexpertos por edad, el fundamento social que supone la familia; pretender que los atolondrados se gobiernen así mismo; soñar, siquiera en ejemplaridades de los forzosamente irreflexivos, sin otro poder de orientación que la impresionabilidad ó el capricho, hasta para acariciado es un absurdo. El tiempo, gran manumisor, se encargará de que el nudo se rompa: las inevitables consecuencias de engendrar una prole fuera de sazón, serán el epílogo del drama.

Lo que debió ser fuente de vida, se ha convertido en torrente de muerte. Así pudo decir el gran Hufeland, que el uso prematuro de la función que asegura la especie, es el medio más seguro de inocularse la vejez: la mortalidad de los casados antes de los veinte años, es de dos á seis veces mayor que la de los solteros de la misma edad, é igual á la de los viejos de sesenta y cinco á setenta años: las experiencias zootécnicas contienen provechosas enseñanzas. Una descendencia sana y vigorosa, solo se logra cuando los procreadores han llegado al apogeo de su natural desarrollo. En nuestra vejada patria, la mujer no debe maridar antes de los diez y seis y el hombre nunca á menos de los veinte; y como edad óptima, de veinticinco á veintisiete los varones y de veintiuno á veintitrés las hembras.

El reverso de los matrimonios prematuros nos lo ofrecen los tardíos: el exceso de madurez también tiene sus peligros; lo extemporáneo del yugo marital, achica la valía social de su prole.

Estos aspirantes al cuerpo de inválidos que van al matrimonio como la alondra al espejuelo, con sus añosos corazones no rimirán cadencias armónicas, porque la

oportunidad la perdieron. Las mañas de la edad, con esperanzas de una viudedad pingüe, ó por ilusiones fáciles en la contrayente de edad desproporcionada, impondrán gustos y flaquezas de espíritu y cuerpo, raposamente ocultadas; pero hacen inestable y fácilmente quebradiza la ventura que se prometieron, y la permanencia de la fe que mutuamente se juraron. En quiebra la fisiología de tales casos, y lograda la paternidad, la maniobra obstétrica habrá de venir en auxilio de funciones las más naturales, con los riesgos de tamaña intervención. Fomentadores de albaceazgos por forzosas premuras de la muerte que se avecina, la prevista orfandad, sería más perdonable y llevadera si los enclenques ó mal conformados que engendraron, no fueran un enjambre de morbosidad que llena las sepulturas; resultando que, á estos funestos equivocados, el matrimonio no los rejuvenece, y mientras viven, si procrean, siembran la desgracia con una fecundidad maldita.

Nulo su beneficio social y grave el daño, si suena la guzla para cantar amores, cuando el cabello platea, el pulso tiembla, y las voces que fueron argentinas, cascarean, antes de contraer tales matrimonios, reconozcan bien los daños de tan inoportuna pretensión; y en vez de exaltaros como Fausto, recogeos en vuestra conciencia, y provistos de un devocionario, pensando en la otra vida, pedid á Dios toda la misericordia que podáis necesitar para la presente.

Es sumo atrevimiento contra la naturaleza y la Higiene, la desigualdad extrema de edades entre los contrayentes.

Fuerte el hombre por su inteligencia y más la mujer

por las adivinaciones de su exquisita sensibilidad, la misteriosa combinación de estos atributos que realiza el matrimonio, como una reflexiva y acertada elección no los depure, la síntesis que debiera resultar de tal enlace, será la añadidura de una mujer pegada á un hombre con las babas de la vejez.

Sin solidaridad fisiológica, y más difícil, la moral, porque los separan años irreductibles, el egoísmo á dúo, que para Madame Estael es el matrimonio, esta fundamental institución se convierte en infernal suplicio para el caso, más frecuente, de que una joven se despose con un viejo.

Si la antorcha de Himeneo podrá servirle de cirio funeral «según frase del poeta Hardy»; desde el tálamo á la tumba, tiempo sobra para sugerir á la víctima la emancipación de su verdugo; y si una bien templada virtud no enfrena caricias que son un ultraje; si toma por desprecio los desfallecimientos de la edad, la deshonestidad, primerero, y luego la deshonra, consumirán la obra que realizó la venta, un mal consejo, ó la falta del necesario. Porque la repulsión es inevitable: Antitéticos porque la diferencia de vida así lo exige, la candorosa ingenuidad se oculta medrosa ante el respeto que impone la desnuda cabeza de un marido..... como exhumado. Versátil la retozona juventud y calculadora, reposada, severa, y glacial la egoísta vejez, tan encontradas disposiciones de ánimo, aunque templadas y reprimidas por educación y por deber, recomien silenciosas la existencia de las sumisas y resignadas, ó hacen estallar la nerviosidad de los indóciles antes que rendirse á la impuesta adaptación. La exuberancia chocando á diario con la estenuación, la alegría con la tristeza, el desenfado con la preocupación, la movilidad con el repo-

so, la tolerancia con la intransigencia, la inocencia con la astucia, el deseo con la saciedad y el no poderse mirar en los opacos y glutinosos ojos del que la llevó ó arrastró al altar, predisponen, al menos, para enfermedades, no por ocultas y lentas, libres de peligros.

El viejo que al casar busca doncella con talle que se cimbre como el junco, y que al respirar parece que aletea, hay que recluirlo en un manicomio, por ser un impulsivo con alucinaciones y fenómenos de transformación de la personalidad.

El matrimonio de joven con vieja, es indefectible y absolutamente nulo para beneficio de la sociedad. Es una ficción inventada por la hipocresía de los desahogados y haraganes que les permite holgar con los bienes de la mujer, y una muestra de lo que puede la indignidad, sí, cual es frecuente que acontezca, con el dinero de la propia compra en la ajena lo que en la suya no es fácil que encuentre. Aunque el daño es personal, la segura infecundidad, más la depravación de estos hipotecados héroes que con su proceder escarnecen la santidad del sacramento, los hace repugnantes y odiosos.

Si la proporcionalidad en la edad es condición que se debe tener presente; la salud y normalidad fisiológica de los contrayentes es por ley de los mismos fines del matrimonio, necesidad más absoluta.

Demasiado frecuentes las ocasiones y motivos de enfermar, para que organismos contaminados por dolencias específicas, vengan á propagar otras estableciendo focos de familias afectadas desde su origen por herencias de muerte, espanta que el atolondramiento y el descuido imperen en asuntos de vida y honras; y no solicitando la

dirección, ó desoyendo el consejo del médico, ni el egoísmo propio los detiene.

No se trata ya de la ceguera de la pasión, sino de execrables obstinaciones: los empeños por ignorancia, no desoirán la autorizada voz amiga que advierta el peligro; pero si la bestialidad ó mala fe porfian, haga de potro y acial que los reduzca un noble aviso á la presente víctima, antes de que lo sea de modo irremediable.

Ninguno con más autoridad que el médico para aconsejar y dirigir á quien no sabe en tales materias; por algo de sus funciones se dice que son un sacerdocio; y como tal, arrostrará con valor tranquilo, sereno, pese á quien pese, por mandato de una incorruptible Moral médica, las consecuencias de su dictamen pericial.

Los hechos acusan la necesidad de que, dentro de la natural vida de los afectos humanos y de las honradas pasiones del amor, no se olviden los preceptos de la selección científica, aplicada á sostener la pureza de las razas en Zoología. Qué no logró Pasteur, nombre que dice toda gloria, ante la enfermedad de los gusanos de seda, ruína de una de las mayores riquezas de industria y del comercio. ¿Será peor nuestra condición que la de un gusano?

Determinadas maneras de ser, muchos convencionalismos de la vida, y prácticas, menos ajustadas, de lo que ciertos creyentes presumen, á la verdadera doctrina de la Moral Cristiana, la cual, sobre los temas aludidos, se adelantó á los preceptos de la Higiene social, parecen confabularse para hacer víctimas á lo mismo que aman. Pero sí el recato, y la honestidad, deben ser las más preciadas joyas del matrimonio; que una absoluta ignorancia, que en

ocasiones parece consentida, no sea pabellón que ampare los asaltos del corso.

Las perfecciones de la educación maternal muchos daños podrían evitar á sus hijas próximas al matrimonio, si con la prudencia de sus consejos, uniesen datos de la propia experiencia que les ayudasen á defender su honor y su vida: tarde, ó nunca, se olvida lo que la madre enseña.

Loado sea Dios si acertáis á educar á vuestras hijas en su santo temor: pero no olvidéis que fué un gran literato y un gran religioso «Fray Luis de León» quien escribió *La perfecta casada*.

No son pocas ni pequeñas las censuras contra los matrimonios consanguíneos, llegando hasta calumniarlos por generalizaciones abusivas.

Escuchad lo que dice á este propósito la biología de la herencia patológica.

Nadie puede dar lo que no tiene. Buenos, ó malos, el estado de salud ó de enfermedad de los contrayentes, resuelven el problema. Mejor conocido el atavismo anatómico y fisiológico que el morbosos; y dándose de igual manera en los consanguíneos que en los extraños, si son más perniciosos y dañinos los matrimonios entre los primeros, es porque, refuerzan la seguridad de la herencia, y así la descendencia recibe el mal acrecentado. No es al parentesco al que hay que temer: de quien hay que huir es de la herencia de matrimonios consanguíneos insanos y enfermizos. La inmutabilidad de las leyes de la naturaleza estarían en inconcebible desacuerdo de suceder lo contrario. Si en agricultura y zootecnia la unión entre parientes robustece la seguridad de mayor bondad del producto



logrado, si una es la ley, tiene que ser igual para todos. Si cual el agricultor y el ganadero, la humanidad seleccionara, no temeríamos al parentesco como no lo temen ellos. Por eso es grande su poder revelador y actúa como reactivo biológico al aparecer en la prole flaquezas que en los padres pasaron desapercibidas; por eso se conduce como poderoso selector al extinguir las familias taradas; y por eso hay que aceptarlo como medio de llevar al límite de la perfección la corpulencia, talla, temple, fibra y complexión entre aquellos que á conciencia sean sanos. Si la dispensa canónica fuese acompañada de certificación de sanidad completaría su obra; y esta previsión haría más difícil que el corazón humano guardase el secreto de sus impurezas: siempre vivo el espíritu romántico en las almas juveniles, tendría un gran moderador en ese procedimiento, si la Iglesia lograba ir cambiando las costumbres, y persuadiendo á las familias de los grandes beneficios que la ventura de las mismas obtendría del buen consejo médico.

No negaré que su eficacia sería más que dudosa en muchos casos; las ilusiones de los enamoramientos que preceden á los matrimonios realmente superan á las realidades..... que son *desconocidas*. Pero ya dudaría yo menos de la eficacia del consejo médico ante la realidad *manifiesta* por las observaciones posibles y prudentes en las circunstancias de los enlaces que censuramos.

No es siempre, ni todo ignorancia, y el que tenga el deber de entender que entienda: delicadas son las investigaciones de honra y dinero, y sobre todo estas últimas no son las más abandonadas en los conciertos de los matrimonios, singularmente entre determinadas clases del orden social; y no digo más, ni á nadie acuso, porque también

yo, el último de los médicos, quiero recordar que nuestro ministerio es un sacerdocio.

Pero cuando hay prueba, ó indicios racionales de infecciones y dolencias las más contrarias para la salud de los contrayentes y de su prole, no procurar el buen consejo médico, es atentado contra la vida de los padres, de los hijos, y de los hijos de sus hijos; y desoír el dictamen de la ciencia, que, no lo dudéis, os será dado con una conciencia incorruptible, es hacerse cómplice del suicidio de los padres y del asesinato de los hijos.

Porque solo la tuberculosis, cuyo nombre debía aterrarnos, es bastante para que todo escrúpulo se repunte pequeño, en la grave materia que comentamos. Heredada, ó adquirida, el matrimonio es campo fertilísimo para su propagación; y cuando el fatigoso cortejo de sus síntomas y de sus afectos, aparece deshaciendo organismos al parecer sanos, cuando no los deshicieron vicios vergonzosos, el arrepentimiento ya es tardío: más seno de muerte que da vida la infortunada madre, las muecas del tuberculoso moribundo es el reproche con que en sus agonías condena las causas del mal que lo agotó y lo mata. El criterio clínico tiene ya, por fortuna, medios experimentales de comprobación que dan al consejo médico toda garantía de acierto, y ya solo el que quiere, se engaña.

Sobre puntos tan transcendentales como los relativos á la sanidad de la extirpe, toda prudencia es poca; en muchos individuos las apariencias engañan; y la contaminación por los microbios ó toxinas, imprime á las generaciones de tales ascendientes, estigmas de muerte. Ni una aparente perfección del tipo por ondulante, rubia y sedosa cabellera, bermejas mejillas, blancos y simétricos dientes,

dulce y aún enternecedora mirada, está segura del maléfico germen: pensad que también no pocas de las manzanas de mas bellos colores y fragancias, aun elegidas entre muchas, tienen en su corazón gusanos; y pensad lo que nos parece más grave, que jamás innumerables manzanas buenas del todo tuvieron virtud para sanar á una sola de las gusanadas, mientras que sólo una sola de éstas sobra para podrir á las demás sanas, en contacto, por muy sanas que sean. Si la compasión llamara á la caridad, y unidas con el amor, prestasen alientos, para tener por dicha el sacrificio que supone ser para el marido una consorte con las obligaciones de una Sierva de María, para sanar, la abnegación resulta inútil; para contagiar y perpetuar lo patógeno, segura y fecunda.

Metáforas aun lado, hay que denunciar al enemigo de la juventud, de la familia, de los mayores intereses sociales: entristece considerar el número de los que por culpa ajena, ó propia, son tuberculosos; el espíritu se anonada ante la irreflexión de cierta edad seducida por venales concupiscencias. Relativamente forzoso el tributo que pagan los primeros, la conmiseración los acompaña: el que se tuberculiza por sus propios vicios, más aún que el apestado, debe estar sometido á un régimen de excepción que haga imposible que difunda la lepra que lo corroe, tratándose del matrimonio. ¡Y á cuánta distancia nos hallamos de esta organización de una positiva defensa social!

Porque increíble parece por lo criminal y absurdo que tal azote pueda ser inicuaamente explotado por encanallados codiciosos que tienen el deber de velar por la salud, contra los elementos entre los cuales la ignorancia, el abandono de las familias, la pobreza, el mal ejem-

plo, recluta las miserables víctimas de un comercio nefando.

Tanto los avezados maleantes que trafican con la inmoralidad, utilizando toda clase de ardidés por ruines y repulsivos que sean, como el atolondrado que, en hora menguada, cae en las redes, de lo que un gran orador y un gran francés *el P. Didón* llamó el enemigo, son los instrumentos y primeras víctimas de una plaga, asiento de enfermedades funestas. Solo los confidentes de tanta podredumbre inconfesa, de tantos dramas íntimos y de tantas dichas destrozadas, estamos en el secreto de sus espantables consecuencias.

Filósofos, moralistas, sociólogos, é higienistas reconocen el mal y su impotencia para extinguirlo: la geografía médica de semejante triada virósa abarca toda la tierra, sin que haya un palmo para la inmunidad; y como organismos á destralar, la humanidad le pertenece por entero. Ante la inmensa extensión del peligro y para hacer más aflictiva la situación de la ruín materia de quienes lo desafían ó lo tropiezan, no hay privilegio alguno que pueda hacer al vicioso confiado. La nauseabunda hampa con sus costumbres de aduar y vida bohemia, como el encumbrado señor con las harturas de su oro y de sus timbres, corren los mismos riesgos en el desenfreno de sus apetitos y la venalidad de sus satisfacciones. Pero al fin si solo de su propia salud abusasen, si el cieno del lupanar manchase no más que á quienes lo frecuentan; si no peligrara otra vida que la del licencioso; y si los hijos de tales matrimonios nacieran vivos, ó tuviesen condiciones para vivir, brotaría de estas tenebrosidades un rayo de luz, alguna indulgencia de la Higiene.

Pero, sin duda razones y fines del orden biológico perturbado por transgresiones contra su naturaleza, causan el que «Los antes bienhadados» diríamos aplicándoles palabras de Fray Luis de León, en ocasiones, muy pronto afligidos con dolencias siempre graves, transmiten los efectos de su inficcional vida, coronando de punzantes espinas sienes de virginal pureza que no nacieron para martirios presentes y futuros.

Las Benaventescas vírgenes locas, que con sus desvaríos y desenfrenos llegan á perder lo único que les queda que guardar; las que por sus extravagancias y extravíos talan el mundo del placer, sin pensar en la muerte que difunden, ni en la sala del Hospital, spoliarium de sus hijos; las que, repudio de los sátiros á fuerza de inoculaciones se vacunan á sí mismas, si, aunque mutiladas, logran salir de las Clínicas, vivirán como oprobio de la especie.

Las esquilgadas explotadas y los saciados explotadores lloran juntos sus harturas, pero su llanto no sanará á los convertidos, ni restañará entre los suyos las funestas consecuencias de la herencia ó del contagio: y si, llegada la hora de morir, la luz de la conciencia ilumina el rastro que en el mundo dejan, y en telepática visión las víctimas que dan guardia al moribundo le recuerdan el daño que causaron, sí, siempre es triste el morir, yo no acierto á pintar cuales serán los últimos sufrimientos de estos infelices condenados. Cuanto á nefandas supersticiones de maldita ignorancia entre estas gentes, suponiendo encontrar en sanas víctimas de su contagio una salud buscada en mercados mil veces más dignos de exterminio que el mercado de la esclavi-

tud; si por tales caminos de abominación, ó por sorpresas procuradas por tercerías envilecedoras; se piensa encontrar el Jordán de cuerpos inficionados, la bestia humana se habrá presentado en toda su repulsiva y asquerosa hediondez.

Los convictos y los confesos, andan libres y alternando en la sociedad sin más ley que su capricho, y sin otro freno que el que les consiente su ninguna moralidad: milanos expertos como son, y por experiencia, duchos en avivar pasiones que dormitan, en sus artes de encantamiento, no hay artificio que no empleen para disfrazar su virosa mercancía y ganar la estimación de la candidez nunca agorera, que á serlo, y el horóscopo no fuera una superstición, contra tales asechanzas prevenidas, huiría del leproso que acaricia la idea de amarrarla á su destino.

A medida que nuestras ideas ganan en razón lo que pierden en sentimentalismo, comprendemos todo el valor de la afirmación del poeta Goete, cuando dijo: «Morimos porque no queremos vivir más». Así resulta de no proteger eficazmente la salud pública, pues abandonar la previsorá profilaxis con una consentida y aún halagadora tolerancia, es dar licencia al vicio para que prosiga su obra de destrucción. La sonrisa ingénua de la sencilla colegiala que cambia el traje de pensionista por las galas de desposada, bien merece, que la requisita de los demoleedores de la sociedad, con sordina, impida que esas sentinas vivientes escarnezcan á la pureza que ellos sacrificarán como verdugos. Es necesario que el médico intervenga más y que su dictamen sea resueltamente seguido. Las latencias infectivas, mascarada con que Momo oculta con antifaz de curación, treguas virulentas que en letargo de animales

invernantes no tardarán en despertar; si anima á estos tarados con aspecto de salud, á ir al matrimonio el creerse ya curados, cuando cese este estado latente de su infección, revelarán que su curación supuesta era aparente y que hay que aplazar la concertada unión hasta que la esterilización los haga inofensivos. Si por familiarizarse con su mal, ó por las apariencias de signos leves, desoyen el previsor consejo; si, olvidando ó desconociendo el funesto poder del contagio, consuman la unión que debiera estarles prohibida, habrá agregado un nuevo eslabón á su cadena de infortunios.

Esta lepra de la sociedad se ofrece al médico en formas que, aunque convienen en su origen, se distinguen en su naturaleza y efectos. *Avariosicos* ⁽¹⁾ y Neisserianos baten desde sus trincheras á la incorregible humanidad, sin que aplaquen su furia las incontables víctimas que inmolan; y si los primeros llevan á la sociedad al exterminio por herencia, los segundos la aniquilan porque en sus contagios es frecuente la esterilidad.

La desesperante cronicidad de la espirilosis pálida; el no cejar en su empeño el parásito de Schaudinn, las reliquias para infectivas, y el todo á perpetuar en la descendencia, ora como morbosidad viviente, ora como esbozo de las escorias que dejaron pasadas virulencias, tienen sus consecuencias que cesar de ser anónimo rumor callejero; y á impulso de un civismo tan ético como higiénico, debe ser denunciado á la conciencia pública para que se de cabal cuenta de lo que con tanta mansedumbre sopartamos. Los *Avariosicos* no deben casarse nunca. Si están en

(1) Palabra inspirada en el drama de Brioux y empleada para designar al público la sífilis.

plena germinación, porque transferirán á la mujer sin que ellos empobrezcan, el caudal de su impureza, y porque los hijos que nazcan vivos vendrán inoculados con la muerte: y porque, si queda ricio no viroso, la descendencia será mal conformada, neurósica, neuropática, ó raquítica. El recién nacido que con su encanijamiento, gran cabeza, ampollas de péñigo, romadizo crónico, paladar ojival y vientre de batracio, será testimonio de flaquezas más ó menos realmente ignoradas: aunque no faltará nodriza á quien calumniar, imputándole la enfermedad del niño que amamanta. Entre el autor y su obra, aun queda resquicio á la maledicencia para entretenerse en la poco piadosa labor de hacer girones lo que queda de honra á muchas madres mercenarias.

Los Neisserianos son igualmente una calamidad social. Esta plaga, eterna compañera de la humanidad, su remotísimo trasiego, no ha impedido que perdure en generaciones sucesivas para llegar hasta nosotros tan agresiva como la describió Moisés en su Levítico: y si por vaivenes y vicisitudes de la ciencia, erraron su patogenia, superficies á invadir, y consecuencias, el laboratorio y la clínica han descifrado el enigma y dado solución positiva al problema de la gonococia y sus toxinas.

Exquisita observación, cuyo patrimonio corresponde al genio, han roto el secreto de los que por su reclusión intra celular se burlaron de cien generaciones. Han demostrado el peligro en los agotamientos lacrimosos matinales más lejanos del instante de la adquisición. Sus emigraciones é itinerario del viaje orgánico son conocidos. En punto á inquirir y averiguar, se ha llegado á demostrar su peder vacunógeno en las añosas vengadoras que

indiferentes á sus toxinas, cultivan como banales para ellas el germen que para el sano es infectivo; y la siempre artística ginecología anxial, es hoy primorosamente científica, por haberse rendido á la evidencia de la neisserosis.

El execrable alarde de los laureados que vocean entre sus iguales su cenagosa hoja de servicios, y que creyéndose super-hombres, aun pretenden agigantarse creándose una reputación entre las huestes que acaudillan, tan criminal malevolencia el médico la mira como á fiera domada: ella derá su zarpazo sin rugir. Estos habituados que se juzgan inofensivos, son los neisserianos que más se deben vigilar. La indiferencia con que sobrellevan su cronicísima infección en todo tiempo virulenta, produce contagios nunca sospechados y siempre seguros, porque en su nuevo campo cultural, refuerzan periódicamente sus toxinas, en las evoluciones de las vesículas de Graaf.

Las pronto víctimas de tales matrimonios, presas en la red que tejieron las que el arrepentimiento puede convertir en Magdalenas, con resignación soportarían sus acerbos dolores, si la infecundidad no hiciera imposible la suspirada maternidad: que si además esta no se malograra, en el trayecto que el engendrado tiene que recorrer, lo que el ludibrío aportó, puede fundir los espejos en que esperáis miraros, porque los hijos nacidos en tales condiciones, su más inminente peligro es el ser ciegos.

Á que seguir relatando esta accidentada y siniestra lucha, en la que peligrá el individuo, la familia y la sociedad. En su diezmo de morbosidad y mortalidad, hasta las púerperas pagan un tributo abrumador. Si los puerperios no asépticos, son pesadilla y suplicio para los celosos que cultivan el divino arte de Pinard, las púerperas,

tanto las avariósicas como las neisserianas, son las preferidas en las asociaciones microbianas, y si el maridaje infectivo se da, se presiente la orfandad, porque la vida de la madre está gravemente amenazada. ¡Maldito placer que tantas lágrimas cuesta! ¡y malditos los que las cosechan si las vuelven á sembrar!!

Si las citadas infecciones son las que con más urgencia reclaman la profilaxis social de un buen consejo médico, el grupo de las intoxicaciones, y el de las enfermedades comunes exigen igualmente una intervención higiénica tutelar.

Está por hacer la conveniente selección que dificulte ó evite, las remediabiles consecuencias que las últimas causan, y en espera de un concienzudo trabajo analítico que facilite restar de aquellas el despilfarro que de la vida hacemos, para tranquilidad de quienes por este celo, presientan, equivocados, una quiebra en el matrimonio; y para consuelo de las enfermas que el radicalismo de Pether condenó á permanecer siempre solteras, sabed que, si una prudente corrección de su intransigente axioma, permite á las cardíacas con determinada localización y fase, crearse una familia sin que se cumplan los fúnebres vaticinios del gran discípulo de Trousseau, en la selección que se invoca, son muchas las enfermedades, que á los que las padecen, no les impide el maridar.

III

El carácter general de las precedentes advertencias, en tal forma indicadas por las razones dichas al principio, justifican bastante la urgente necesidad del consejo médico en el acto de mayor transcendencia para la vida de las familias, que es la vida misma de las razas y el interés supremo de toda sociedad bien constituida. De todos lados se clama hoy por el mejoramiento de las condiciones de la vida, condiciones que podemos tener por secundarias, comparándolas con las que son realmente primordiales para la formación de familias sanas y de estirpes vigorosas. En todas las grandes crisis de la civilización á través de los siglos, las razas agotadas por los crímenes contra la vida fueron vencidas y dispersas cediendo el paso á pueblos, ciertamente no tan cultos, pero menos viciosos. Yo he leído que nada prepara á los hombres para la esclavitud como la afeminada corrupción de las costumbres: «Herirles en los rostros», gritó César á sus soldados, para que los de Pompeyo, sus enemigos, se entregaran á la fuga y volvieran la espalda: que sería el deshonor militar más grande, si no lo fuera su motivo, la conservación de la belleza del rostro, de huestes en batalla. Batalla y grande es la que la higiene, bien lo sabéis, mis queridos escolares, tiene trabada, muy de acuerdo con la más pura Moral, contra los enemigos de la salud, de la paz y del honor de las familias.

Tampoco lo ignoráis; la juventud robusta nutre las mi-

licias; que las de la Ciencia contra las causas generadoras de las enfermedades aludidas, se llenen de vuestros entusiasmos y de vuestra abnegación contra vicio tamaño, en beneficio propio y en beneficio de nuestra sociedad conurbada.

El pauperismo fisiológico de la salud matrimonial, no requiere atenciones menores que la alimentación pobre y adulterada y la vivienda nociva: y los enlaces afectados por las dolencias acusadas exigen el establecimiento de..... aduanas incorruptibles, sin *vistas..... ciegos*.

Heróica es la empresa, mayormente en nuestra patria, mas que incuriosa para los magnos deberes que la Higiene le impone. El camino es largo; la reforma difícil; pero por algo vencerse á sí mismo, fué declarada la mayor victoria; y por algo sois hijos de la raza y de la Universidad de la ciudad de los sitios.

HE DICHO.



